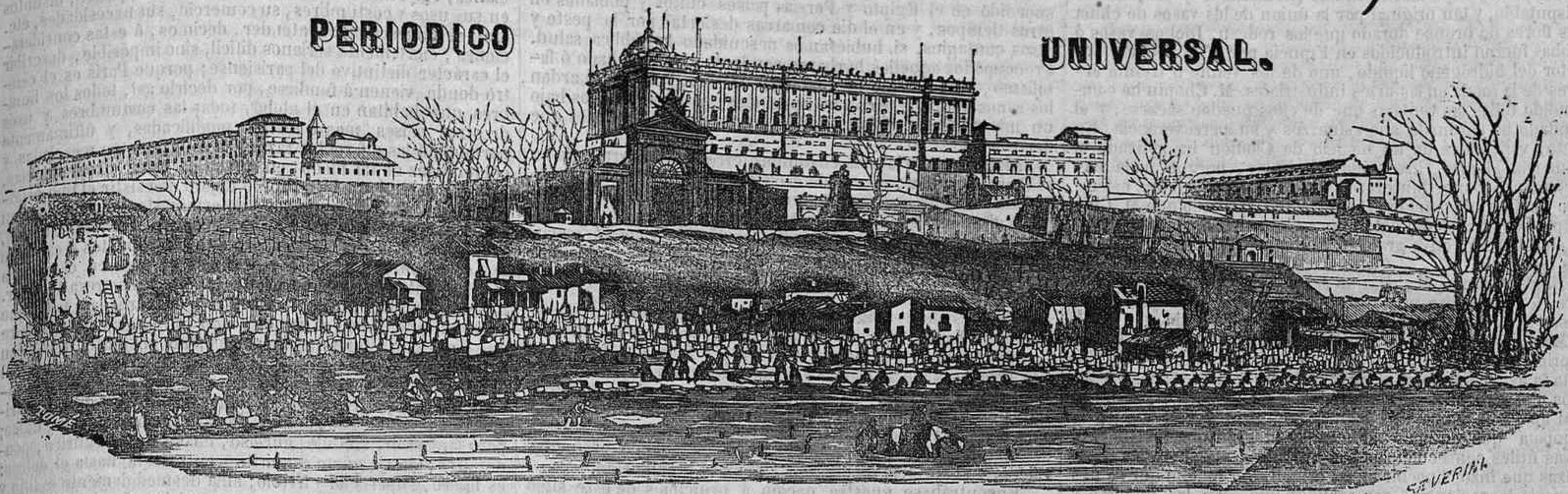


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 50.—SÁBADO 13 DE DICIEMBRE DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

REVISTA DE LA ESPOSICION DE RUSIA.

ARTICULO PRIMERO.

El arte y el gusto.

Hé aquí dos principios que deben ser desconocidos en el imperio de los Czares, dirán aquellos para quienes Rusia y Siberia, moscovita y cosaco son sinónimos; pero cambiarían de opinión si entraran en el recinto donde se hallan establecidos los magníficos testimonios de la civilización artística de aquel país, que se cree tan atrasado é impenetrable á todo progreso, porque está lejos del foco de las luces industriales. Detengámonos delante del obrador de M. Sasikoff, platero de la corte imperial, y no le acusaremos ciertamente de haber copiado á los franceses, porque solo en Rusia ha podido encontrar el hermoso modelo del abeto cubierto de nieve, á cuyo pié se representa uno de los mas interesantes episodios militares de la historia rusa, la muerte de Demetrio Donskoi, que espira, como el caballero sin miedo y sin tacha, entre los brazos de sus compañeros de armas.

El hecho ocurre despues de la batalla de Koulikoff, en 1380. No cabe la mas pequeña crítica respecto al pensamiento del dibujo y á la ejecucion de este grupo, tan rico como original y sábiamente modelado. La expresion de las fisonomias y las cinceladuras honrarian á los mas afamados maestros de Francia y de Inglaterra, que tan hábiles han conseguido hacerse de treinta años á esta parte. La anatomía del caballo que figura en el centro de esa pieza verdaderamente imperial, es perfecta, y no parece sino que toda la obra está destinada para colocarse en la mesa del Czar, ó en la de algun boyardo, ó rico mercader ruso, como M. Gontchikoff, por ejemplo, que posee una fortuna de ciento cincuenta millones. Su parte superior se ve coronada por gran número de bujías y por un lindo canastillo de flores y frutas, que guardan una armonía increíble con el árbol estéril, aunque pintoresco, que sostiene estos adornos.

El conjunto de la obra es un emblema completo del país que la ha producido: guerra, escarchas, fertilidad y bellas artes. También reúnen el mismo aspecto local otros tres asuntos, enteramente rusos, que han

salido del obrador del artista mencionado: un cazador moscovita cogiendo una liebre que acaba de matar; un oso bailando con su amo, á quien parece que quiere sofocar tiernamente entre sus brazos, y una jóven aldeana mirándose en un pozo, cuyo asunto está tomado de una balada popular de Pouschine. Asimismo merecen especial recomendacion las copas para beber, hechas por Sasikoff al estilo bizantino, que sin duda llegará á ser el fundamento del gusto artístico del Norte, uno de cuyos primeros sostenedores será aquel gran platero, discípulo de la Escuela imperial, si Dios le da vida; porque es una verdad, aunque triste y desconsoladora, que cuando muere el fundador de un establecimiento artístico, perece el establecimiento.

Los hijos no heredan siempre el talento de su padre al heredar su fortuna: el gusto además es una propiedad, ó mejor dicho, una facultad personal, un instinto del individuo, bastante raro por desgracia. La crítica desconoce muchas veces las peregrinaciones de ese instinto, que partiendo de la India, donde ha dejado numerosas pruebas de su permanencia, ha vivido durante mucho tiempo en Grecia, en Roma y en Bizancio, desde donde pasó con los moros á España, que lo trasladó con sus huestes á Nápoles: de aquí pasó á Florencia, para llegar despues á Francia con los artistas italianos que Francisco I atrajo á su corte.

Que la Inglaterra, la Alemania ó la Rusia garanticen á los creadores del gusto la propiedad de sus obras, al paso que la agitada Francia las relegue al olvido, y se verá que los artistas abandonan en masa un territorio ingrato que no puede alimentarlos, para ir á trabajar en otros países, bajo la égida de leyes protectoras.

La Rusia ha comprendido las ventajas que puede sacar de la emigracion de los artistas, y los acoge benévola, y funda

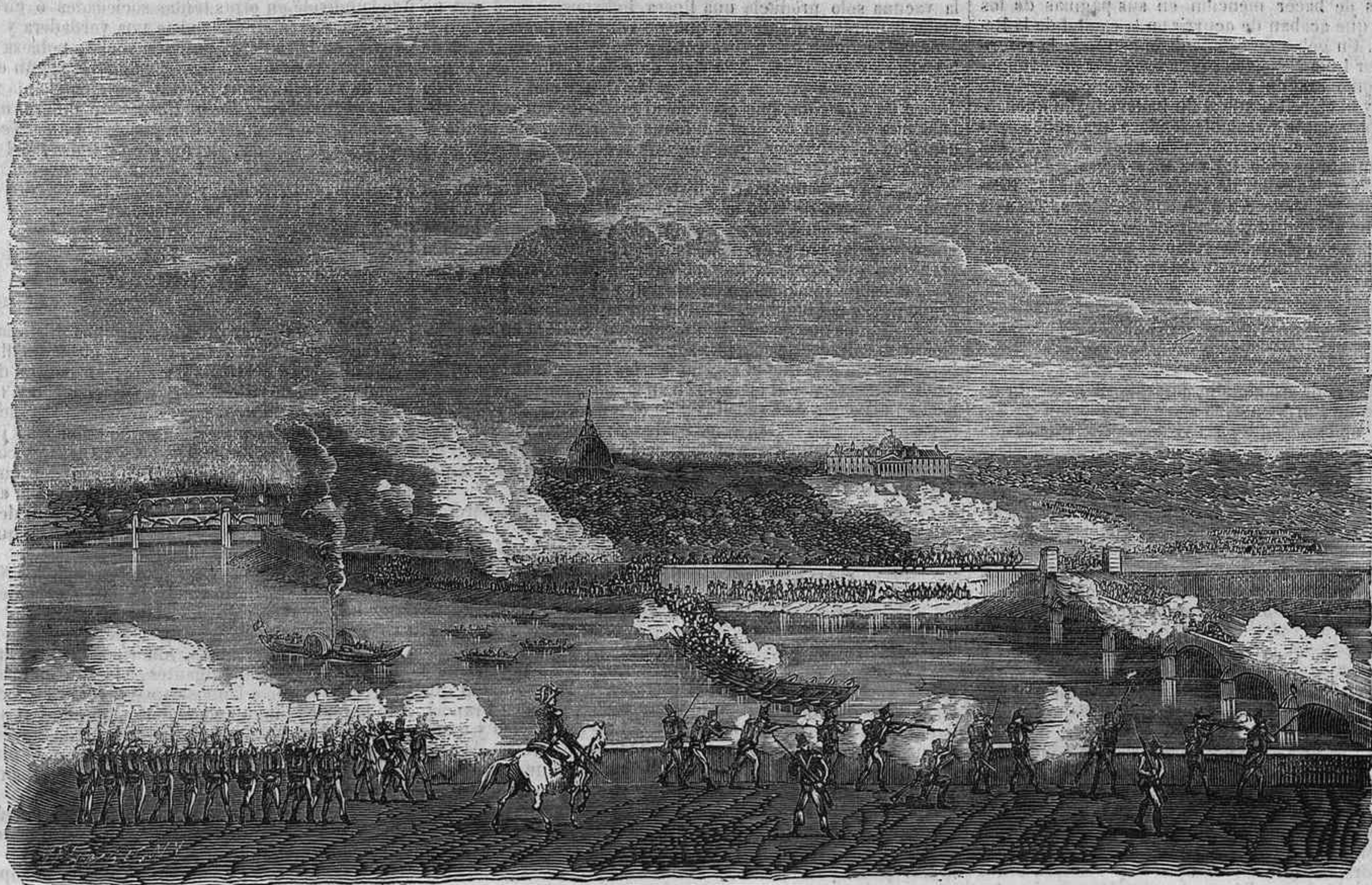
escuelas para utilizar sus conocimientos en provecho de sus propios hijos. El Austria sigue la misma senda, y ya se levantan dos rivales de la Francia y de la Inglaterra, que no son de despreciar. ¿Qué mas diremos? Las artes del Mediodía invaden ya toda la tierra y se encuentran en los salones del pachá de Egipto, en los del rey de Suecia, en el palacio Postdam, en la fortaleza del Hetman de los cosacos, en las estancias de Abder-Rhman y de Soulonque, en Bombay y en Arcángel, en Ispahan y en Lahore.

El mismo kan de Tartaria tiene su salon adornado con una magnífica araña de Demière, con candelabros riquísimos de Thomire, sillones de Tahan, y un precioso piano de Erard, que le ha regalado el emperador de Rusia, así como el palacio de madera, junto al cual sigue vivaqueando, porque así le agrada, en una tienda de pieles de camello, á la sombra de la gran muralla chinesca.

¿Qué pueden mostrarnos en cuanto á alhajas esos bárbaros del Norte? preguntan los ignorantes. ¿Una diadema? Será alguna pieza enorme, compuesta de piedras de poco valor amontonadas sin arte ni gusto.—Con todo: el artista pide por ella ciento veinte mil francos, y se asegura que el precio es módico para mil ochocientos diamantes de hermosísimas aguas, mil setecientas setenta rosas, y once ópalos, el principal de los cuales no tiene semejante por sus brillantes colores. Y no es esto todo: tambien los bárbaros nos enseñan un collar de sesenta y siete rubies preciosísimos, de una pureza sin igual.

Las damas no podían separarse, al visitar la Esposicion, del cofrecito de alhajas de M. John y Bolin; cercábanlo como las alondras al Ko-i-nor, de modo que nos era imposible examinar despacio las preciosidades que contenia y que deslumbraban nuestra vista: hé aquí lo que nos han traído los

bárbaros del Norte. Pero lo particular es que dichas piedras no tienen engaste, procedimiento ruso que hasta ahora no han imitado nuestros distinguidos joyeros; y ya tenemos aquí que los bárbaros no solo fabrican obras delicadísimas con la perfeccion mas esquisita, sino que saben crear medios poderosos para hacerlas mas aceptables, mas vistosas y de mas precio. Chopin es uno de los artistas favoritos de la aristocracia rusa y de la corte imperial, pero ha conquistado este aprecio fabricando un candelabro de nueve varas de altura, al es-



Combate en París.

tilo de Luis XV, y cuya base es un gran canasto de flores. En uno de nuestros últimos números hemos publicado el modelo de esta pieza, cuyo mérito en sus pormenores y conjunto es indisputable, y tan original por la union de los vasos de china á las flores de bronce dorado que los rodean. Dichos vasos ó bombas fueron introducidos en Francia por M. A. Robert, inventor del hidrógeno líquido, uno de los veinte ó treinta ámbrosos de la moda en las artes industriales. M. Chopin ha comprendido todas las ventajas que de ellos pueden sacarse, y el resultado ha coronado sus esfuerzos y su perseverancia. En efecto, valiéndose de un modelo de Clodion ha aplicado la geometría al arte, invención admirable, porque nada hay ciertamente menos pintoresco que un romboide ó una esfera; pero Clodion ha vencido este obstáculo haciendo que M. Chopin poetice el episodio del primer globo en su péndola al estilo de Luis XV, cuyo grabado también ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Niños y genios alados que salen de la casa actual de Thómire, forman sobre una nube primorosamente modelada diversos grupos ocupados en avivar el fuego debajo del globo de Mongolier, del cual se han apoderado ya Céfiro y la Fama; el primero, demasiado corpulento para llamarse Boreas, facilita la ascension con el auxilio de los genios alados: estos hijos del aire se mueven alrededor del aereóstata, sobre el cual apoya la Fama una mano, empuñando con la otra la trompeta que anuncia al mundo el gran descubrimiento cuyas útiles consecuencias han burlado hasta ahora las esperanzas que hizo concebir en su origen. Por mucho que se nos aconseje la paciencia, por grandes que sean las mejoras y adelantos que se hagan en la navegación aérea, esta solo dará del día en que se supriman los globos, y se eche mano, en su lugar, de la fuerza de Arquímedes, en la cual opere con rapidez un motor sumamente poderoso y ligero.

En vista de las preocupaciones que siempre nos ha inspirado el imperio polar, nada tiene de particular que su espionaje haya admirado, no solo á los representantes de las diversas naciones, sino á los viajeros, que no aguardaban esta manifestación artística de los bárbaros del Norte.

El cosaco, presentándose á la concurrencia artística de los pueblos del mundo, es un fenómeno que burla todas las previsiones, y al examinar la elegancia de los bronces que salen de los obradores rusos, pregunta el curioso, cómo es que una nación, al parecer tan atrasada, puede producir obras tan graciosas y tan acabadas, aun cuando se las compare con las mejores de su clase que llaman la atención en otros países más civilizados.

Concluiremos este artículo con los siguientes datos fabriles, que prueban la importancia de la Exposición rusa:

M. Goutchkoff ocupa en sus fábricas de lana estampada de Moscou, á tres mil y quinientos trabajadores, que producen anualmente más de cuatro millones y ochocientos mil varas de mercancias.

En las dos fábricas de algodones de M. Moltchanoff, trabajan sin descanso dos mil jornaleros, y la población de Scheremiedoff, en el gobierno militar de Wladimir, llamada el Manchester de la Rusia, cuenta más de cuarenta mil operarios de fábricas, que producen al año ciento sesenta millones de francos.

Los brocados que se han admirado en la Exposición, tienen solo en el gobierno de Moscou veinte y ocho fábricas, que dan el valor de quince millones de francos, ascendiendo la fabricación de la seda en el mismo distrito, á treinta y dos millones.

Sucesos de París.

LA ILUSTRACION, en su calidad de periódico de actualidad, no puede menos de hacer mención en sus páginas de los acontecimientos que acaban de ocurrir en la capital de la República francesa. Un golpe de estado dado con toda la reserva imaginable por Luis Napoleón, para asegurar su dominación, produjo como era de esperar un choque sangriento entre las masas y el ejército, que al fin ha terminado quedando victorioso el presidente y restableciéndose una calma aparente, que Dios sabe si es precursora de nuevos y mayores desastres. El combate ha sido tal vez más encarnizado que cuantos ha habido en las calles de París; dícese que la pérdida por ambas partes se acerca á 10,000 hombres. Todavía podría mirarse con ojos enjutos esta horrible carnicería, si no debiera considerarse únicamente como el prólogo del gran drama cuyo desenlace se acerca de día en día.

EDUARDO GENER.

Por un cálculo nada exagerado, impedía el aumento de más de un millón de almas en cada año á la población de España la terrible enfermedad de las viruelas, de *virus*, que significa veneno ó ponzoña la más pernicioso. Para manifestar la actividad de algunos tósigos, Laguna dice que los hay tan virulentos, que destruyen en un momento la vitalidad.

Consta de las antiguas tradiciones que la plaga de las viruelas nació en Egipto en tiempo de Omar, general de Mahoma y de su hijo Mahomet, en el año 571, y se supone también que los árabes la contrajeron en las más remotas regiones del Oriente. Y como en menos de treinta años extendieron su imperio y religión, con la misma rapidez difundieron esta peste por la Siria y Palestina, sucesivamente por Licia, Sicilia y provincias del Asia Menor, y á principios del siglo VII por las costas de Africa, propagándola después á la Europa en la irrupción de los sarracenos, y á fines del siglo XI á nuestra España con motivo de las cruzadas ó de la guerra llamada santa, si es que la guerra santamente se puede hacer.

Los padres de la medicina desconocieron esta enfermedad; y según el dictamen más seguro, los árabes Avicena y Aben-zoar fueron los primeros que escribieron de ella; y Rasis, que fué tenido por el Hipócrates de ellos, recopiló lo más selecto y esquisito que se había escrito hasta entonces, como opinan Frein y Mead.

Como la ignorancia ha sido siempre la protectora de los azotes de la humanidad, cundió que las viruelas eran innatas á la especie humana, eran naturales, y hasta se creyó que

eran el castigo del pecado original: de aquí las supersticiones y errores que han contribuido á fomentar la maldita semilla de este mal. La Europa habría quedado despoblada, como ha sucedido en el Egipto y Persia, países cultos y poblados en otros tiempos, y en el día comarcas desiertas por la peste y otros contagios, si hubiéramos descuidado la pública salud. Preocupados aquellos bárbaros con la doctrina del hado ó fatalismo, miran como inevitable su destino, y no se guardan los sanos de rozarse con los apestados, habitando todos bajo un mismo techo, y aun usando las mismas ropas de los que dejaron de existir.

Alpino, que vió esta costumbre errónea tan arraigada en el Cairo, no pudo menos de exclamar: «¿Podrá haber necesidad mayor, que imaginar que no puede contagiarse tan intensa afección? Esto sería creer que el fuego no quema.» Y no cabe duda que las reuniones de parientes y amigos, acomodadas en la casa donde había muerto uno de viruelas, era un motivo más que suficiente para hacer el contagio doble difusivo y mortífero.

Perdió este veneno una parte de su virulencia, y suavizóse, en efecto, por la inoculación inventada por los orientales, especialmente por los que hacen el tráfico cruel de jóvenes hermosas de la Persia y otras provincias, abasteciendo los serrallos y mercados; más con tal temor se hizo esta tentativa en Europa en 1721, que el ensayo verificóse en Londres con dos reos de muerte. Y tal vez en un principio hubiéramos esterminado este azote; pero el mal había echado profundas raíces, y el cortarlas no era ya fácil con la inoculación.

Encontrábase nuestra nación á principios de este siglo por una parte con la fiebre amarilla, que aniquilaba las mejores poblaciones; por otra con la peste interminable de las viruelas, y para complemento de sus desgracias, con la peste de una guerra injusta: y hé aquí cómo la mano del Omnipotente todas estas plagas en un momento las ahuyentó.

Era bien sabida la acreditada y antigua tradición, y que se conservaba de tiempo inmemorial en el pueblo de Berkeley, condado de Gloucester, de que los vaqueros de aquel territorio se libraban de las viruelas, si al ordeñar las vacas se les comunicaba el *cow-pox*, ó su viruela. Están sujetas las vacas de todo aquel condado á padecer una enfermedad que se manifiesta en las tetas con granos aplanados y azulados, y que fácilmente se comunica á los pastores si al tiempo de ordeñarlas revientan algún grano, y el líquido que contiene toca alguna parte desnuda de la epidermis, por escoriación, corte, etc., saliéndoles algunos granos, pero tan benignos que solo producen una ligera incomodidad y desazon.

Eduardo Gener, sabio y atento observador, notó que el modo con que se contagiaban los vaqueros del *cow-pox*, era semejante al de la inoculación, y procuró indagar escrupulosamente el origen y causas de esta tradición: estudió la enfermedad, é inoculó la viruela común á muchos de los que ya habían tenido la vacuna; mas no consiguió que se contagiaran: repitió sus experimentos, y siempre logró los mismos resultados. Y entouces fué cuando tomando el líquido de los granos de las vacas, é ingiriéndole en los brazos de los que no habían tenido aun viruelas, resultó una erupción semejante á la de dichos animales: aun más, inoculó á los vacunados después con el virus contagioso de la viruela, y ya no produjo efecto alguno, denominándose desde entonces *vacuna* la enfermedad comunicada de las vacas á la especie humana, y colocando á su autor entre los héroes destinados á la inmortalidad.

El gobierno inglés, en vista de las observaciones hechas por el doctor Gener cuatro años seguidos, hasta el de 1798 que las publicó en Londres, nombró una comisión compuesta de los médicos Thornton de Arson, Simons y Woudoville, para que se examinara el nuevo descubrimiento. Así lo hicieron, en efecto, resultando del examen de estos facultativos que la vacuna solo producía una ligera indisposición, á que no podía llamarse enfermedad; que no causaba desorden en la economía animal; que no era contagiosa, y que preservaba de las viruelas comunes. A la vista de estos resultados, el gobierno entonces premió al infatigable Gener con el título de *Maire de Chatelan*, que equivale al grado de coronel; le señaló una pensión de diez mil libras esterlinas, añadiendo el cancelier del echiquier, que ninguna recompensa equivalía al beneficio y utilidad.

Esta es en compendio la historia de la vacuna. El mismo Gener en enero de 1800 comunicó su descubrimiento á Decarro, médico en Viena; y á pesar de la sangrienta guerra entre la Inglaterra y Francia, también se envió á Woudoville para que propagara la vacuna en esta última nación, pues que los sabios jamás están en guerra, y el primero y más sagrado deber del hombre, es mirar por la humanidad.

Ya dijimos que quizás la inoculación bastara en un principio para salvarse de esta plaga, y tal vez en España, si se hubiera imitado á lo que el mismo Carlos III escitaba en 1788, que después de dar el ejemplo en su familia, mandó la inoculación en las casas de Espósitos y de Misericordia, se habría libertado la nación de tan cruel epidemia; mas no fué así, tuvo el rey algunos imitadores en lo sucesivo, y la guerra de la Independencia, que siguió bien presto, puso fin á los adelantos y descubrimientos de la época.

Terminada la lucha en 1814, se ganó el tiempo perdido.

J. O.

CARACTER FISICO Y MORAL

de los parisienses.

Ya que la índole de nuestro periódico no nos permita emitir nuestra opinión sobre el carácter de la revolución que agita en estos momentos á nuestra vecina y aliada Francia, daremos al menos una sucinta idea del carácter físico y moral de sus naturales, y principalmente de los parisienses, de esos hijos nacidos en la revolución, criados y conaturalizados con ella; con el objeto de que conocido el tipo general del hombre particular, y mediante las relaciones y consecuencias que de aquí deban deducirse, se pueda juzgar más aproximadamente del carácter de esa revolución, que tiene atónita á la Europa entera, sin entrar en un terreno espinoso y vedado para nosotros.

Si al describir el tipo original del hijo de París, hubiésemos

de descender á algunas consideraciones, tales como la influencia que puede y debe ejercer sobre sus naturales, en una capital cualquiera, la afluencia de extranjeros, provincianos; sus relaciones íntimas con los demás países, distintos en sus usos y costumbres, su comercio, sus necesidades, etc.; si hubiésemos de atender, decimos, á estas consideraciones, ciertamente serían difíciles, sino imposibles, describir el carácter distintivo del parisiense; porque París es el centro donde vienen á fundirse, por decirlo así, todos los hombres que habitan en el globo, todas las costumbres y usos de otros países, mas ó menos modificadas, y últimamente porque allí las diferentes razas y la sangre están mezcladas y confundidas de tal modo, en virtud de estas circunstancias, que no parece que bien pronto dejará de existir el tipo original; pero una vez propuestos á determinarlos, diremos que en general los parisienses son de buena y sana constitución, aventajada estatura y tez blanca: no son robustos á causa de sus costumbres disipadas y licenciosas; pero en cambio, la política entre ellos supe á la fuerza, y la destreza al vigor. Las mugeres son generalmente feas y desgarbadas; faltas que resaltan mucho más si se comparan con el gracejo y donaire que distingue á nuestras españolas; no obstante, modifican estos defectos su natural elegancia, su viveza y proverbial amabilidad. Su porte, cualquiera que sea la clase de la sociedad á que pertenezcan, es generalmente decente. El parisiense es industrioso, activo, de carácter bondadoso y dulce; pero fanfarron, crédulo, curioso, inconstante, satírico, ponderativo, de un gusto esquisito y entusiasta hasta el delirio; es ligero, superficial y frívolo; ama desmedidamente el lujo y los placeres. Entregado enteramente á las afecciones del momento, olvida con facilidad las penas, ó se consuela cuando, si es que llega á ocuparse alguna vez de ellas; su natural imprevisión no le deja pensar en el porvenir. Su alta sociedad es fina, culta, delicada y política; la clase media es instruida, y tanto por la dignidad de su porte, como por la distinción de sus maneras, en nada se diferencian de la primera; pero se acostumbra á esa vida de apariencias en la que cada uno figura según su interés particular, y nunca según su propio carácter. En este caso, todo en ella está sometido al cálculo: su lujo, sus placeres, sus relaciones, sus palabras, y hasta sus acciones, todo se sacrifica allí á la posición ó fortuna.

El pueblo es laborioso, pero poco económico; se mata trabajando toda la semana, para gastar sus ahorros en un solo día (el domingo), con el objeto de aparecer á los ojos de los otros, mas de lo que permite su estado: sin pensar en las necesidades de mañana, y mucho menos aun en las enfermedades y contratiempos á que está espuesto. El contacto y el trato continuo con las clases decentes, le inspira el deseo de instruirse, y le despoja de esa grosería tan común en las gentes de su clase. No es raro verle ejercer espontáneamente actos de humanidad y beneficencia, mostrando, no sin sorpresa del atento observador, que bajo aquella ruda corteza, late tal vez un corazón humano y compasivo.

Hé aquí, tal cual le hemos descrito, el verdadero parisiense; pero no la sociedad de París, que compuesta de tantos, tan heterogéneos elementos como de todos los puntos del globo van á confundirse y á mezclarse en aquel gran pueblo, le hacen tan difícil de juzgar; no obstante, puede asegurarse sin exageración, que el egoísmo, la ambición, el interés y el excesivo amor de los goces, son sus rasgos más dominantes y característicos.

No se crea por esto, sin embargo, que en París no hay hombres provos, idóneos, caritativos y generosos: no, los hay; y debemos esta concesión al buen nombre y reputación del pueblo de París.

Restanos añadir, sobre lo que llevamos dicho, que la sociedad parisiense (si nos es lícito servirnos de este lenguaje) se subdivide en otras tantas sociedades ó círculos, cuantas son las clases en que existe una verdadera y perfecta estrategia, en la riqueza, posición social, nobleza y opinión respectiva, variando su tono y categoría según el distrito ó barrio de su residencia; porque, por ejemplo, la nobleza que habita el *faubourg Saint Germain*, difiere muchísimo de la aristocracia del dinero que puebla la *Chaussée-d'Antin*, y esta de la de la espada, del agente de Bolsa, del mercader de la calle *Saint-Denis*, del manufacturero, del fabricante, del rentista, del *Marnis*, y aun más todavía del artesano de la ciudad y del trabajador de los arrabales.

P. DE M.

LA GIGANTOMACIA.

Si debemos dar crédito á algunos historiadores, los tan decantados gigantes Og, Goliath y otros no llegaron á medir más allá de 10 á 11 piés de alto, en contra de lo que afirman los rabinos diciendo que Og tenía 120 y 180 piés de alto. La misma *Escritura*, que, con perdon sea dicho de los rabinos, nos merece más crédito que todos ellos juntos, dice que la cama de Og tenía 9 codos ó 13 piés, y como la cama no había de ser exactamente del largo del cuerpo, debemos concluir que aquel famoso gigante tendría la estatura que dejamos indicada en primer lugar. Otro tanto debemos suponer de Goliath, si es que no fuese aun más bajo que Og, como así lo creen algunos escritores.

Leemos en el capítulo 13 del libro de los *Números*. —«Y desacreditaron delante de los ojos de Israel la tierra que habían recorrido, diciendo: la tierra que hemos visto es de se traga á sus habitantes: el pueblo que hemos visto es de una estatura agigantada. Allí vimos ciertos monstruos hijos de Enoc, de raza de gigantes, á los que comparados nosotros parecíamos como langostas.» Así como á semejante autoridad haremos ningún comentario, diremos sí que Homero necesariamente estuvo hiperbólico cuando dijo que Ticio, al tenderse al suelo, cubría una extensión de nueve fanegas de tierra. O eran fanegas de hornaiga, ó el célebre cantor griego midió muy largo.

El prototipo de los hercúleos, el hijo de Júpiter y Alomene, que ya despedazó en su cuna dos serpientes y dos dragones que Juno había enviado para devorarlo; el que para satisfacer su apetito se comía un buey, y cuya copa de beber apenas podían llenarla dos hombres; Hércules, en fin, no medía más de 7 piés. El emperador Maximino, llamado el Hércu-

les, que pasaba por gigante en el imperio romano, tenía poco más de 8 pies. El cuerpo de Orestes, según los historiadores griegos, tenía 11 pies y medio de largo.

El gigante Galvara, traído de Arabia á Roma en el reinado de Claudio, tenía cerca de 40 pies. Dos jardineros de Salustio tenían 9 pies y medio de talla cada uno. Un turco llamado Orizor, cuyo peso derribaba los mejores corceles, media 11 pies y medio. Igual estatura alcanzó un escocés, llamado Funnam, en tiempo de Eugenio II, rey de Escocia. También nos ha conservado la historia el recuerdo de mugeres gigantadas. Salurberi refiere haber visto una muger cuya talla era dobla á la de un hombre regular, y Goropio nos asegura que en el siglo XVII vió á una muger todavía jóven de 40 pies de alto, cuyo traje talar la hacia parecer mas alta todavía.

También han sido hallados esqueletos humanos gigantes, cuya estatura parecerá á primera vista fabulosa; pero es preciso observar la estension que tenían los codos y pies de que hablan los autores. Phleginon refiere que en una caverna de Dalmaci, fué hallado un esqueleto humano, cuyas costillas tenían 15 pies de largo.

Plinio el jóven dice que habiéndose rajado una montaña de Creta, se hallaron en sus cavidades dos esqueletos humanos, uno 60 codos ó 90 pies, y otro de 42 codos ó 69 pies de alto. Solino asegura que Lucio Flaco y el prónsul Metelo, vieron un cuerpo humano de 39 codos ó 50 pies. Facelli, elegante historiador de Sicilia, dice que en unas escavaciones que se hicieron en el monte Edux, se descubrió una caverna, en la que estaba un esqueleto con un báculo en la mano, como el palo mayor de una nave. Bastan estas citas históricas para demostrar que han existido en todos tiempos seres humanos de aventajada estatura, la cual, como fué apreciada con medidas que no guardan relacion con las modernas, de aquí el escaso de talla que aquellos individuos guardaron con nosotros.

M. Eurison, distinguido académico francés, formó una escala ó tabla de la estatura del género humano desde la creacion, y según su cálculo, apoyado en el contenido de los antiguos libros indios, entre ellos el de Mena, Adan tenía 123 pies y 9 pulgadas; Eva 118 pies, 9 pulgadas y 17 líneas; Noe 20 pies menos que Adan; Abraham solo tenía 28 pies, y Moises y Faraon 13, disminuyendo así progresivamente hasta la talla que se observa en el comun de los hombres en nuestros días.

LA SANTA CINTA DE TORTOSA.

Habiéndose hablado ultimamente por la prensa periódica de la presentacion hecha á S. M. de la Sagrada Cinta de Tortosa, no nos parece inoportuno dar algunos pormenores sobre esta reliquia tan venerada, á la cual se atribuye una virtud inmensa.

Se asegura que en tiempos muy antiguos vivía en la referida ciudad de Tortosa un sacerdote, entregado todo á la contemplacion de las cosas divinas, y que yendo una noche á maitines, según su costumbre, se le apareció la Virgen y le dijo: *Porque esta iglesia está dedicada en honra de mi Hijo y mía, y en vosotros los de Tortosa he hallado tanta solicitud en mi culto y veneracion, porque os amo y delante de mi Hijo intercedo por vosotros, en prenda y testimonio de este amor, para que de él y de mi tengais una irrefragable y perenne memoria, os dejo sobre este altar esta Cinta de que estoy ceñida y tejí por mis manos. Harás de este favor y merced relacion al obispo, á la clerecía y á lo restante del pueblo; desde cuya época guarda y venera la citada iglesia dicha Cinta ó Ceñidor, como un preciosísimo tesoro. Su materia es seda, su forma y hechura una redcecilla sutil y artificioosamente labrada, con mucho primor y destreza, sin verse en ella nudo alguno. Por la aplicacion de la recordada Cinta se dice que han salido con toda felicidad muchísimas mugeres de partos los mas difíciles y apurados, y esto es tan sabido que cuando nuestras Reinas se hallan adelantadas en su embarazo, escribe el Rey al cabildo de Tortosa, enviándole á pedir la repetida Cinta, la cual lleva á Palacio un canónigo, y se aplica á S. M. en la hora del parto.*

El milagroso suceso de la invencion de aquella, consta de las lecciones del oficio divino que usaba antiguamente la santa iglesia de Tortosa, de diversas pinturas, también antiguas, que la representan, y de la tradicion, que se ha ido sucediendo de unos en otros.

Máximas.

El dolor se embota como el placer, porque la rápida sucesion de las cosas trae nuevos sentimientos.

El sabio es señor de sí mismo, y se le da poco de los acaecimientos, vive contento en su estado sin desear salir de él, porque como ha puesto precio á todo, sabe que nada ganaria en ello. Necesita poquísimo de los otros. Continuamente se ocupa en ejercitar las facultades de su alma y de su entendimiento, y goza sin disgustos ni escrúpulos de todo el universo y de sí mismo. Tal individuo es sin ninguna duda el ser que está mas cercano á la felicidad. Los placeres físicos y los del alma que alternativamente goza, constituyen su felicidad. En sus reveses y sus males padece menos que otro. La fuerza de su alma lo sostiene, y la razon lo consuela.

LAS FERIAS DE PARIS.

Charlatanes, juglares, fenómenos vivos, etc., etc.

(Conclusion.)

En contraposicion de tanto movimiento, aquí se os presenta el que imita con toda perfeccion al autómeta; ha seguido un curso de inmovilidad, ha llegado á darse toda la apariencia de una máquina; se mueven brazos y piernas, le colocan, se lo llevan como si fuera un maniquí, y guarda la posicion que se le da; el cuerpo inflexible, el mirar fijo; ni siquiera pestañea.

El ciego rubicundo, bien conocido de todo París, parece

haber nacido para vivir con el perro de aguas que pide por él, mientras la voz estentórea del amo y sus cantares algo verdes reúnen un público holgazán y papamoscas. Pero ábrese pronto la turba y da paso á una familia entera, padre, madre y seis chiquillos; el menor de seis años; los primeros, á pié, recogen los cuartos; los otros seis, montados sobre zancos, bailan y manobran luego cual lo pudiera hacer una adiestrada compañía de infantería.

El químico, con un poco de agua que va pasando de vaso en vaso, os fabrica en un momento toda clase de vinos. El comerciante (título pomposo que á sí mismo se da un atrevido tunante), vende á poco precio los polvos que pican, y os aconseja echéis unos pocos en la cama de un amigo ó en un salon de baile, si os queréis proporcionar un rato de risa... ¡Infame pillo!

¡El que vende arsénico, para manifestar el buen efecto de su mercancía, y como pieza de conviccion, pasea por las calles y luego coloca sobre los puentes una asquerosa coleccion de ratas, ratones y topes, muertos y casi podridos ya!

Atrevido y desvergonzado, el quitamanchas, en acecho sobre los puentes, se precipita sobre el tímido paseante, y asiéndole del vestido con grasienta mano, le indica las manchas que él mismo acaba de hacer, para tener ocasion de quitarlas y hacer notar el mérito de su jabon y de su esencia; si pasais á su alcance descuidado, no evitareis su garra; os detiene al pasar, os mancha, es verdad; pero al momento os jabona, os lava, os limpia y os cepilla á pesar vuestro.

Fabricante de agua de colonia este otro, echa de ella treinta tragos al día, ensalzando sus propiedades medicinales, y apesado con su abominable liquido cuantas manos, cajas y pañuelos le presentan.

Turcos, moros y mamelucos de la Champaña y de Normandía, venden á pobres cristianos y á precios muy elevados los dátiles que compraron en tiendas del mismo París, y pastillas dichas del Serrallo, de las cuales una sola es bastante para dar jaqueca á una provincia entera.

Rateros intrépidos, atrevidos tunantes se han dedicado al comercio productivo de la venta de cadenas para la seguridad de los relojes que ellos mismos á veces roban con notable sutileza, sucediendo frecuentemente que muchos vienen con reloj sin cadena, y se vuelven con cadena y sin reloj.

Alsacianitas pasean por París sus insignificantes fisonomías, vendiendo escobitas de pino blanco, y caracterizadas de una manera indeleble por la gorrita negra y ajustada; anchisimas caderas sostienen un angostísimo traje, que cada día es mas corto por no haber acabado estas niñas de crecer todavía, y no alargarse nunca el vestido. El caso es grave y la decencia exige que se tome en consideracion, pues si siguen creciendo las alsacianas, no salgo garante que la vista no alcance á la parte mas elevada de sus medias azules, y aun mas allá. Trovadores y menestres ambulantes convierten los paseos públicos en academias de música; las morenas italianas, las alemanas rubias, van recorriendo los cafés, identificadas ya con sus respectivas arpas, liras y mandolinas, ocupando simultáneamente nuestros oidos y nuestra vista. Pasan apenas, y ya llega el organillo con sus valsadores tiesos y sin expresion, verdadera imagen del linfático alemán.

Ventrilocos se presentan á su vez en aquel inmenso teatro, y aunque acostumbrado á tanto engaño, algo cuesta figurarse que las segundas voces que pretenden imitar no sean efectivamente las de tres ó cuatro compadres que vueltos de espalda y á alguna distancia del grupo permanecen en igual postura mientras dura la representacion. En un corto espacio y casi apiñados llaman simultáneamente vuestra atencion el sillón para pesarse, la máquina para probar sus fuerzas, el astrónomo que todas las noches dirige un colosal telescopio hácia la luna y las estrellas, el microscopio por medio del cual se ve la pulga del tamaño de un elefante, el ex-prisionero que por un milagro de industria y paciencia ha logrado poder armar de piés á cabeza una compañía de pulgas, sin que les falte nada de su completa armadura, habiendo llegado á tal extremo su paciencia, que ha llegado á enganchar algunas á carros y carreñas proporcionados á sus dimensiones; trenes maravillosos, imponderable artillería casi invisible, que se pudiera encerrar piezas y caballos en el secreto de una sortija; el hombre que escribe con el vientre; la muger que á falta de manos borda con los muñones que le han quedado; los vendedores de pasta para componer china y cristal roto, que tienen siempre sobre sus mesas, y como muestra incomprensible de su comercio, un bulbo ó una lechuza empolvada y casi sin plumas; los animales sabios, el caballo que indica la hora con el pié, y señala la persona mas enamorada del concurso que le rodea, el dromedario que dócilmente se inclina á la órden de su conductor, el mono que convertido en oficial de caballería monta con gracia un humilde perro de aguas, y concluidas mil evoluciones, barre la calle y presenta su gorra solicitando un cuarto; el otro mono á quien afeitan con inmensa navaja de palo, y que siendo el único que no entiende tal capricho, se agita, hace muecas y rechina los dientes; la liebre, por fin, que dispara un pistoletazo y que toca la pandereta.—«Pist: ¡atencion, un redoble por la amable compañía!» Inmediatamente obedece.—Por el presidente... Lo rehusa—Por la guardia nacional... BRRRRan. ¡Pobre liebre, compasion merece! A veces se equivoca, todo se embrolla en su memoria de liebre; en estos tiempos de revoluciones, es ya difícil saber á punto fijo á quien se debe aplaudir ó silbar. Tantas veces le han variado las instrucciones, tantas y tantas veces le han mandado y prohibido el redoble á nombre de las mismas personas, que ha llegado á confundirse en su débil cerebro de liebre, y á menudo cae en equivocaciones que hacen impacientar á su amo y escandalizan al auditorio. Indulgencia os pido, señores, pues la situacion política de esta liebre es idénticamente igual á la de tanto poeta que tienen elogios listos para todos los poderes del día, y que han tocado ellos también el redoble á nombre de la República, del Directorio, del Consulado, de Napoleon, de Luis XVIII, de Carlos X, de Luis Felipe, de la segunda República; y que, baquetas en mano, estan prontos á felicitar al primero que se entronicen.

París es pueblo en cuyas calles paseando se puede seguir un curso de historia natural. En calles y plazas se hallan todos los animales que salieron del arca. Las celebras son atributo de los que venden unto para las botas, así como los pajaritos que han aprendido á estarse inmóviles y tiesos por el método sencillo de torcerles el cuello; el mercader de unto

de botas se vale de animales para atraer y coger otros mayores: así lo hacen los cazadores con reclamo. En general el que se dedica á esta industria es jóven, tiene seguridad en la mirada, es hablador, improvisa con facilidad, y no le comueven las tempestades populares que algunas veces su desvergüenza provoca.

Cuando se ve rodeado por un numeroso círculo de papamoscas, en voz clara y alta dice: «Inmediatamente, señores, ¡haremos bailar la gran serpiente roja; (Movimiento de interés en el auditorio.) pero antes de que baile la gran serpiente roja, que se halla en el fondo de esta caja, tendré la honra de recordar á la inteligente concurrencia que me favorece, que todos los días me hallo en este sitio, y que vendo el incomparable betun de M. Auger, que cada día aprecia mas el público. (La mitad del auditorio se oscurece; el limpia botas mira con desprecio los desertores y prosigue.) Señores: este betun, ventajosamente conocido en Francia y hasta en Europa, es el único que saca lustre al calzado, aun sobre sustancias grasas. Deme cualquiera, (Y en esto recorre con la vista el calzado de todos.) deme cualquiera el pié; nada se pide, tan solo se trata de dar á conocer el mérito superior de mi betun. (Un albañil entra en el círculo y coloca sobre un banquillo un colosal zapato blanco y rojo por el efecto de la cal; continúa el orador levantando el pantalón y los botines del albañil.) Señores, nadie ciertamente dirá que miento, si aseguro que es imposible ver un calzado mas sucio que el de este caballero; este zapato no ha visto betun ni brocha mas de seis meses hace: sobre él se puede observar una triple corteza de barro y de yeso, (Tal diciendo levanta con las uñas una de las capas de tierra adherentes al zapato.) y sin embargo, señores, en un momento van ustedes á admirar el lustre que le saco; empezaré primero untando con grasa el calzado de este caballero. (Y efectivamente unta con un cabo de vela de sebo el colosal zapato.) Mirad, señores, con escrupulosa atención, nadie pondrá en duda que es grasa lo que se halla sobre este calzado. (El auditorio atento da señales de sumo interés. El comerciante escupe sobre una de sus pastillas de unto, humedece su cepillo, y cogiendo otro con la otra mano, empieza á trabajar sin suspender por eso su arenga.) Esto, señores, es cosa de un momento, y cualquiera puede ver el brillante resultado obtenido. (Frota con ambas manos, y habiendo casi charolado la punta y la pala del zapato, dejando lo demás blanco, pide el otro pié, y concluida la misma operacion.) ¡Esto, señores, esclama, es el mérito de mi betun! y ahora, ¿á cuánto vendes ese betun? (Nótese cuán atrevido y sabio es ese tuteo dirigiéndose la pregunta que naturalmente debe hacerse.) Tengo cajas de precios varios, al alcance de todo el mundo: pastillas de cuatro cuartos que pueden servir para prueba; las hay de ocho cuartos, que pesan tres de las de cuatro cuartos, y estas por fin de doce cuartos, tienen tres veces mas unto que las de ocho. Es preciso no tener cuatro cuartos en el bolsillo para no comprar este incomparable betun. Se me dirá si tengo previsto que un jornalero que pasa el día trabajando no necesita ser elegante: no lo niego, señores, pero llega cada ocho días un domingo, entonces agrada á todos salir con calzado limpio; pues bien, un pastilla de cuatro cuartos basta para dar lustre al calzado durante seis meses y mas. Ea, señores, ¿quién pide mas unto? (Se adelanta un babieca y da cuatro cuartos.) Vamos, otra pastilla al señor. (Es el primero que ha pedido.) ¿Quién pide mas? ¿quién? ¿usted?... (La persona á quien dirige la palabra le vuelve las espaldas refunfunando.) ¿Nadie pide? El pobre diablo grita en vano, nadie contesta, ya se van separando uno á uno y luego por grupos, quedando solo dos ó tres tontos que aguardan con impaciencia que empiece el baile de la gran serpiente roja, y el albañil se retira con sus pedazos de zapato charolados.

¿Qué es lo que allí enseñan? ¡qué inmenso gentío! ¡ah! es el hombre que traga espadas á imitacion del indio Cossoul; ¡pobre diablo! ¡necesidad de comer, á qué nos arrastras! Hemos visto de esos desgraciados comerratones y pájaros vivos, y este es capaz de tragarse el almacén de un armero.

Junto á él se presenta un Hércules hembra; una muger, madre de familia infeliz; de pié en una silla, levanta del suelo ruedas de molino atadas á las trenzas de su pelo; colocada sobre dos sillas puestas á tal distancia que sobre la una descansan sus talones y sobre la otra su cabeza, el cuerpo por consiguiente en el aire, colocan sobre su vientre una enorme piedra de sillería de dos piés cúbicos, y sobre esta otra mas pequeña en un todo igual á las que sirven para el empedrado de la capital, y entonces, ¡horrible cuadro! un hombre, el marido quízás de aquella desgraciada, se presenta armado con un martillo, verdadera maza de fragua, y alzándolo á cuanta altura permiten sus brazos, descarga tres ó cuatro golpes sobre el canto superior, que queda instantáneamente reducido á millares de pedazos; la muger por medio de un movimiento de su abdomen arroja á dos pasos la pesada piedra á quien sirvió de yunque, y poniéndose en pié de un salto, va á tomar un rato de descanso, interin continúa divirtiéndolo público el verdugo que la enseña: «Señores, dice, lo que ustedes acaban de ver es nada comparado con los prodigios de fuerzas que se tienen que manifestar aun; pero, señores, antes es preciso la módica suma de un franco. (Y tal diciendo, coloca en el suelo una bandeja para recibir la retribucion voluntaria de los concurrentes.) ¡Vamos, ánimo, señores! ya hemos juntado doce sueldos, ocho son los que nos faltan... soio falta quien dé el ejemplo...» En aquellos momentos el público se hace mucho de rogar; vergüenza me da verle rehuser un par de sueldos á la infeliz que por complacerle compromete su existencia veinte veces al día... algunas monedas de cobre van cayendo en medio del círculo, unas en la bandeja, otras en el suelo... «Vamos, señores, no desmayar... dos sueldos faltan; ¡todavía un alma generosa... (Ya se completó por fin el franco.) Ahora, señores, necesitamos cuatro personas que se presten á levantar del suelo aquel barrilito.» La víctima vuelve á colocarse sobre sus dos sillas, y los cuatro voluntarios se dirigen hácia una inmensa barrica llena de agua, y por medio de una cuerda que la ciñe y de una tranca pasada en la cuerda, logran no sin dificultad alzarla del suelo y colocarla sobre el estómago de la muger fenomenal, que les manda soltar la barrica; y despues de sostenerla un momento, le imprime por una fuerza muscular incomprensible un movimiento de balance que causa espanto y horror; quitánla por fin de encima la barrica, y vuelve á cada pecho la respiracion suspendida.



Copa cincelada de marfil.

Contraste parisiense : al lado de esa infeliz desarrapada que pasea un suicidio probable por todas las plazas y calles, una señora elegante y esbelta, con sombrero adornado con plumas, rodeada de lacayos que visten librea encarnada con galon de oro, está de pié en una carretela; es un doctor femenino, un médico hembra; posee ella sola maravillosos secretos; tiene drogas que curan todas las enfermedades; conoce el uso de toda yerba; ha descubierto el elixir de larga vida. Vende unguentos que todo lo curan, bebidas para todas las enfermedades, bálsamos para toda clase de heridas. Por pura filantropía recorre el mundo : tan solo dos horas puede detenerse en París; ha arrancado de las garras de la muerte el gran Lama; el gran Mogol y el Emperador de Marruecos la deben la vida. Seducidos por la verbosidad y la seguridad con que todo lo afirma la atrevida curandera, crédulos lugareños, inocentes quintos y viejas regañonas acuden presurosos, faltándoles casi tiempo para cambiar por yerba seca y manteca rancia sus ahorrados cuartos.

A poca distancia otro tunante os aguarda : es dentista, y tiene un unguento verde que cura ra-

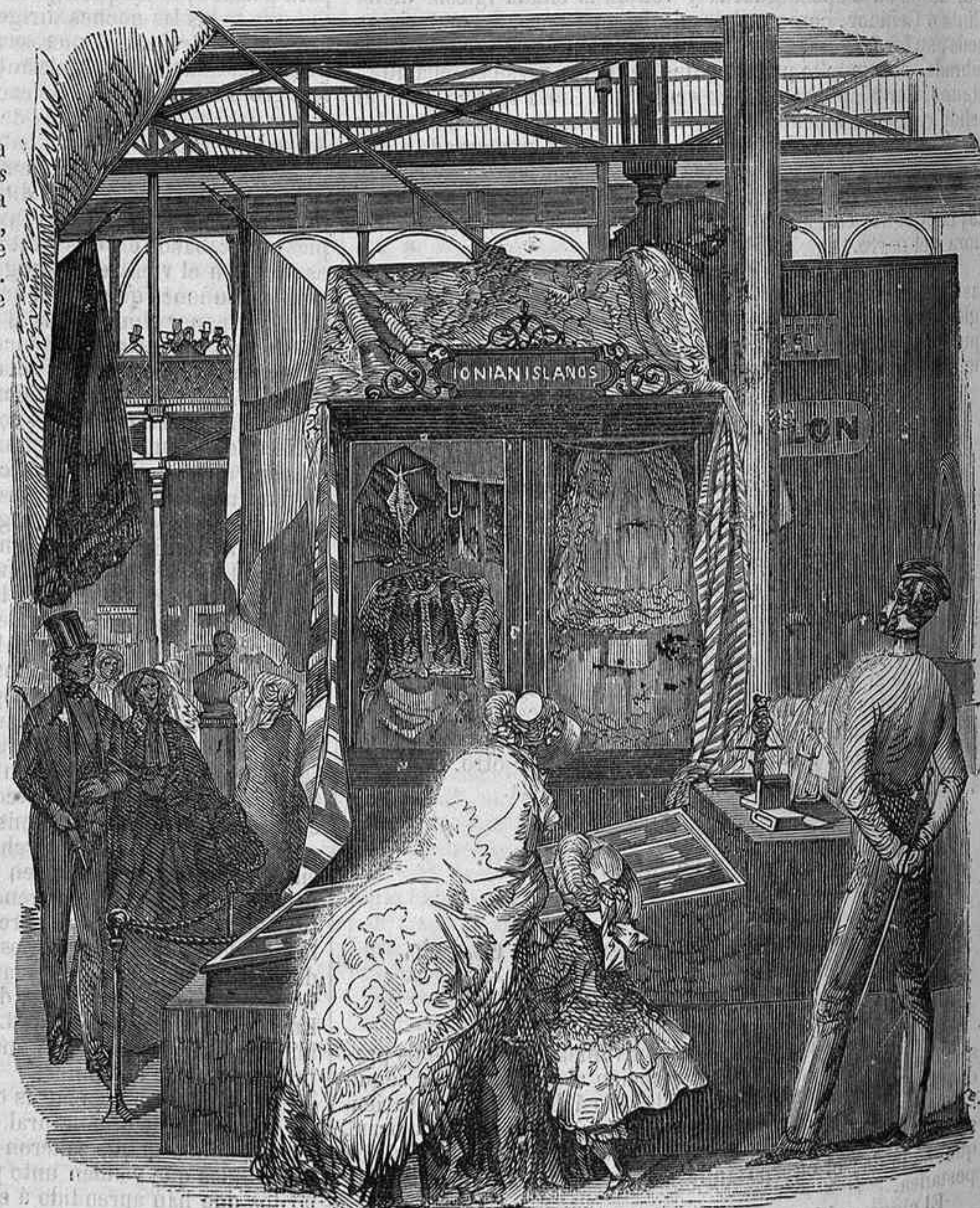


San Miguel venciendo al demonio.

dicalmente los callos; otro encarnado, admirable para las quemaduras; una pomada negra que hace salir el pelo en la mas lustrosa calva. (Su criado la hace oler casi por fuerza á los espectadores mas inmediatos.) En sus viajes á lejanas tierras ha podido hacerse con una piedrecita negra, remedio infalible para el dolor de muelas; él lima los dientes y los iguala, saca las muelas, las emploma, hace unos y otras artificiales, y tan solo recibe su importe despues de hecha la prueba comiendo con ellos; ha sido aprobado en la escuela de Medicina. Si podeis dudar de su talento, no así de su esperiencir y práctica, pues basta ver el triple rosario de dientes, colmillos y muelas que lleva alrededor del cuerpo.



Harmonium.



Dibujo en cristal.



Péndola de M. Chopin.

«Señores, esclama con altanera seguridad; ¿hay entre ustedes alguna persona que padezca de las muelas? Acérquese con confianza; la operacion se hace sin esfuerzo; ningun dolor causa, apenas se siente.»—Por largo rato nadie contesta ni se mueve; por fin á impulsos del dolor un pobre diablo se adelanta, la cara envuelta en un pañuelo, el carrillo hinchado como un globo. Le hacen sentar; se trata de la última



Grupo colosal de leones.



El niño con el nido.



Grupo de niños trabajado en yeso.

muela dañada y rota. El operador se presenta con una tenaza de albitar en la mano; ¡ya cogió la muela!... este es el momento dramático, el instante decisivo. ¡Oyese un espantoso grito; el empuje está dado, sacudida horrible, capaz de sacar de raíces un roble, de conmovir un monte!... ¡La víctima, la silla, el criado que también ayuda, todo cede y se mueve al impulso del brazo atlético del atroz cirujano! Ya está hecha la operación, y al extremo de la tenaza queda la muela y un gran pedazo de quijada; ¡hediondo espectáculo, episodio de matadero, verdadera ejecución pública en la cual concurren la curiosidad de la plebe, el derramamiento de sangre, y hasta el redoble del tambor que apaga los gritos de la víctima, pues no hay sacamuelas que viaje sin llevar su música: un bombo cuando menos.

¡Olvidemos estos horrores viendo estos lijeros bailarines, diestros equilibristas, elegantes titiriteros! Ya llega la familia ambulante, pronto queda preparado el estrado; una alfombra vieja y agujereada tendida en el suelo, ese es el teatro: los hombres se quitan la levita, las mugeres sus pañuelos mantones, y brillan y centellean tónicas, en otro tiempo blancas, bordadas con lentejuelas, pantalones ajustados, color de carne, adornos de talco, medias rotas; el flautillo y el tamboril llaman a la gente, y ya llegan curiosos estrechando cada vez más el círculo. El payaso que lo ve agarra un palo y le hace dar tantas y tan rápidas vueltas junto a las narices de los palcos bajos, que no tarda en ensancharse el círculo. Entonces empiezan las habilidades. Las mugeres y los niños andan sobre las manos; dan vueltas y revueltas, se enroscan, pasan el pie sobre su cabeza: creyéndose que no tienen huesos. ¡Payaso, á ti te toca ahora! Payaso, ente siempre risueño, vestido con tela de colchon, con su gran gola plegada, aparentando torpeza, aunque siempre suele ser el mas diestro de la compañía, se adelanta, da una vuelta y cae sobre las narices, lo que nunca deja de causar una risa general. Luego un equilibrista baila sobre un alambre, otro sostiene con los dientes una escalera de manos en cuyo remate han colocado un niño: aquel juega con anillos y bolas de cobre, puñales y botellas que arroja al aire y recoge ya por debajo de la pierna, ya por la espalda, formando con ellos variados dibujos con una agilidad que sorprende, con una exactitud que confunde, con una volubilidad que deslumbró; imitación diestra, pero imperfecta, de aquellos juglares de la India que vimos pocos años hace sorprender los papamoscas europeos con sus juegos hasta entonces desconocidos.

Sin embargo una cosa hay preferible por cierto á todas esas habilidades, porque cuando menos no va unida, al pasatiempo que nos proporciona, la idea penosa de un tormento físico, la idea de que cuerpos de una organizacion igual á la nuestra, padecen por divertirnos. Esa cosa es el sucio y pequeñísimo teatro de Pulchinela.

Al pueblo le agrada Pulchinela tal como es en sí, feliz y sabio en eso, pues si llegase á fastidiarle Pulchinela, ¿qué pudiera dársele en cambio? Y ¿cómo reemplazar semejante personaje, tan alegre tan divertido? Por fortuna no existe tal recelo: Pulchinela es tan jóven, tan fuerte, tan robusto como siempre: y cualquier cosa que suceda, le quedan á no dudar sus largos años de vida.

Otro ente menos histórico, menos imponente, menos europeo que Pulchinela, pero de no inferior mérito, es *Jocrisse*, el verdadero *Jocrisse*, el *Jocrisse* nacional, con su peluca de estopa, su coleta retorcida, su sombrero tricorno, sus piernas dobladas, sus mangas cortas, sus manos largas, su hablar alelado y su cara necia. Recuerdo de la primitiva comedia, representa de dia y en la plaza pública. Siempre se trata de lo mismo, es un pobre tonto recién llegado de su pueblo y refiriendo sus desgracias. Os cuenta lo que le ha sucedido en su posada, cómo se ha encontrado con unas primas que no conocia, cómo ha entrado á servir, y esto acompañado y relleño de sendos equívocos, palabras de dos sentidos, de chocarías necias ó asquerosas, chistes sucios, que hace cien años escitaban la risa del populacho en el Puente Nuevo, y que en el dia le divierten en el boulevard, porque la plebe es siempre plebe.

Pero mientras *Jocrisse* divierte á su auditorio con su pantomima y sus vaciedades, llega el amo, le interrumpe, y reemplaza el soliloquio por un diálogo que empieza por un torrente de puntapiés y un diluvio de bofetadas que caen precipitadamente sobre la cara de *Jocrisse* y sus antipodas. Los bofetones retumbantes son característicos de *Jocrisse* como los palos lo son de Pulchinela. Cuando ha maltratado al criado, quien por toda venganza se contenta con hacerle muecas sin que lo vea, el amo, cubiletero esperto que conoce los mas secretos arcanos de su arte, reclama la atencion de su elegido auditorio.

Cogiendo primero una especie de sombrero, le hace pasar por numerosas y variadas transformaciones; imita sucesivamente con él una media luna, la luna entera, la esclavina de un peregrino, la capucha de un fraile, la gola de Enrique IV, el sombrero de los mozos de esquina, el de los mozos de cuerda de Marsella, de los ladrones italianos, y otras infinitas cosas que sería fastidioso y largo referir, concluyendo generalmente el acto por la imitación del peinado del ciudadano parisiense, que consiste en dos cuernos bien puntiagudos, simétricamente colocados en la cabeza, lo que siempre motiva una risa estrepitosa.

Esto hecho, ciñe el saco, distintivo del cubiletero, tomando en mano la varita de virtudes, símbolo de su dignidad, cetro venerable de la magia. Con unos polvos que una bruja le dió, trasforma alternativamente nueces en melones, y melones en nueces; y gracias siempre á los mágicos polvos, nueces y melones desaparecen, vuelven, se multiplican, se separan, segun las órdenes y la voluntad del hechicero.

De pronto anuncia un juego de manos mas extraordinario que cuantos se han visto, y pide que se le confie por pocos minutos un reloj. Casi siempre se encuentra una persona de buena voluntad para el caso; coge el reloj y lo coloca á vista de todos en un almirez, luego lo rompe, lo machaca, lo hace mil pedazos, y poniendo á un lado el almirez, parece no ocuparse mas de él. Cogiendo entonces un muñeco de dos pulgadas de alto, le manda hacer el ejercicio como á un recluta. —¡Cabeza á la derecha! —¡Cabeza á la izquierda! Le elogia, le reprende, y sin embargo el muñeco no se mueve. «Señores, dice por fin, voy á mandar este caballero á la India, y... (Acercando el muñeco al oído parece escuchar la res-

puesta.) me dice, señores, que no tiene dinero para el viaje...» Interin refiere estas y otras veinte vaciedades iguales, el dueño del reloj se halla entregado á la inquietud mas viva, y por fin determinado lo reclama; el cubiletero le mira atónito, le hace repetir la pregunta, dice que no sabe lo que se le pide, y cuando ya la irritacion del interlocutor está á punto de estallar, se va con cachaza hácia el almirez, y sacando el reloj intacto, lo devuelve á su dueño con asombro de los mirones que de buena fe lo juzgaron roto.

Pero el momento mas divertido es cuando anuncia que bajo de uno de los cubiletes se halla un pajarito que volando en cuanto esté libre, va á colocarse sobre la cabeza del marido *mas marido* del auditorio. Al oír esta amenaza el terror y la alegría resaltan en todas las caras, segun las situaciones respectivas. Al ver la palidez de unos, la serenidad de otros, fácilmente se conocen los casados y los solteros. Los primeros no pueden disimular su inquietud, se arrepienten de haberse parado, y maldicen su propia curiosidad; cada cual cree sentir ya sobre su cabeza el indiscreto pájaro, y sin embargo, nadie se atreve á retirarse, pues un paso atrás, el menor movimiento sería un indicio cierto, una revelacion muda de su inquietud y de sus temores. Vuélve sin embargo la risa á todos los semblantes, circula mas libremente la sangre, cesa tan horrenda pesadilla cuando el cubiletero, satisfecho de la inquietud que ha producido, dice con voz melosa y risa sardónica: «No hay por qué asustarse, señores, el pajarito vendrá á colocarse sobre mi cabeza.»

Pero tanto trabajo, tanta charla se dirige á un solo fin, á la venta de ciertos billetes que contienen la buenaventura: pues el cubiletero es también profeta y anuncia el porvenir; á la linda doncella la dice cuándo será la boda, al pobre le profetiza una brillante fortuna, y á todos indica los números que han de salir premiados en el próximo sorteo: estafa siempre en planta, pues tiene por base la credulidad del hombre.

Concluiremos aquí la reseña de tanta industria, los retratos de tanto titiritero, aunque mucho, muchísimo quedaría que las de carbon de piedra de Inglaterra. Tres personas os recordaré, sin embargo, pues de ellas se hablará mucho tiempo en París.

El primero de mis personajes históricos era una niña que daba miles de vueltas, girando con sorprendente velocidad, cual trompo que sale arrojado con ímpetu de mano de robusto pilluelo, cantaba al mismo tiempo teniendo en cada mano un puñal agudo, cuya punta afilada tocaba á sus ojos. El segundo era aquel farsante tan conocido en tiempo del Imperio, que con tanta facilidad daba variada espresion á su fisonomía, y que tanto divertía á los celosos de la calle con sus adornos colosales adornados con cascabeles. El otro era el gotoso que en todas partes se hallaba, y que recortaba retratos de perfil sobre papel negro charolado. Apenas estabais sentado en un paseo público, cuando ya, colocado á poca distancia nuestro retratista, sacaba papel y tijeras, y en dos minutos os presentaba vuestro retrato de perfil; bien lícito os era criticar la semejanza, pero no rehusarlo, so pena de emprender una interminable reyerta con el autor. En tales ocasiones olvidaba su gota, y si hubierais huido corriendo siempre, os hubiese alcanzado. Este pobre diablo tenia en el jardín de Firoli una celda angosta, estrecha cual confesionario, hecha toda de papel blanco, y sobre él habia pegado, cual sombras chinecas, sus dibujos recortados; por la noche iluminaba su residencia que parecia una linterna. Un dia llamaron casualmente á su puerta, las velas se habian consumido, y el infeliz fué hallado muerto... ¡Muerto y se conocia que hacia ya dias que habia fallecido!

Esto es triste: lo que precede es alegre y aun bufo: verdadera imagen de la vida, cuyo término es serio y fúnebre, por mas que farsas y chistes hayan alegrado su curso.

LO BUENO Y LO MALO DE LOS SIGLOS XVII Y XIX. (1)

Voy á emborronar un lienzo, á trazar un cuadro, que á no dudarlo me indispondrá con los hombres y las cosas de dos siglos. Si los retratos salen parecidos, tanto peor para mí. Si no fuesen semejantes, mejor para los originales: esta es una gloria negativa. De todos modos, el escritor crítico siempre tiene segura la corona del martirio. Los hombres quieren ser mas bien celebrados que retratados. Los escritores en el género pastoril, copian sus retratos por el lado mas favorable de la humanidad: los satíricos por el lado mas adverso. Si fuera posible reunir en unos mismos individuos las copias del parecido de Rouseau y de Voltaire, se formarían verdaderos retratos.

Los jóvenes defienden su tiempo, los viejos el que pasó: en el fondo abogan por la misma causa, por los dias de la juventud, del placer y del amor. Si la gloria rodea la cabeza de

un anciano, acaso llega á olvidar los dias de su juventud; pero la gloria también se prostituye, y hace ya tiempo que no ciñe con sus laureles, blancos cabellos y arrugadas frentes.

Siempre disputarán los hombres sobre los buenos y malos tiempos: no hay balanza bastante fiel, ni hombre tan justo y sabio, ni mano tan robusta que puedan dar un resultado fijo. No hay mas remedio pues que transigir: el mundo se va decidiendo por las transacciones; y mas de una muger pensadora columbra allá en *lontananza* uno de los capitulos de la *transaccion universal*. «La muger tendrá opcion á la cátedra de las ciencias, á las profesiones y á los cargos públicos.»

Mas el lienzo está preparado, colocados los colores, empuñada la paleta; en la mano siniestra la tintera, el pincel en la diestra; empecemos.

PARALELO.

SIGLO DÉCIMO OCTAVO.

I.

Nuestros abuelos se levantaban temprano, comian á las doce, se acostaban á la hora de las gallinas; pero el dia era largo y habia tiempo para trabajar, sin matarse.

II.

Entonces se gastaban redecillas, chupa corta, casaca larga, calzon ajustado, montera, casaca oreño ó sombrero de tres picos; las mugeres llevaban tontillos, rasca-moños, guardapiés de 20 varas de circunferencia, cotillas con cerco de hierro capaz de sofocar á un coracero, y zapatos de cachirulo á lo chinesco, vestido bonito y modesto; rico y costoso, pero inmutable.

III.

En el siglo XVIII habia mucha ignorancia, mucho dinero, mucha fanfarronada, mucha probidad, confianza, buena fé y alguna gazmoñeria.

IV.

Se amaba hasta el delirio; pero apenas se sabia escribir un concepto de amor: se conocia por las obras la pasion. La muger esperaba en su puesto, y el estrado era un santuario ante el cual se inclinaba respetuosamente el hombre. Pero las entrevistas en los jardines, el rigor de los padres y hermanas y las desigualdades de las familias producian sangrientas escenas.

V.

La lengua española era rica, grave, vibrante, sonora; pero algun tanto dura, mas era poco conocida, y á escepcion de muy pocos hablistas, el resto (aparte de los dialectos provinciales) estropeaba cruelmente el idioma de Fray Luis de Leon y de Cervantes. Habia pocos poetas; pero eran poetas españoles. Pocos mecánicos y químicos, excelentes pintores y escultores. Apenas habia novelas, y esas, poco adaptables al paladar del fin del siglo XVIII, que empezaba ó mas bien seguia estragándose con la exageracion del gusto francés. Comienza la plaga de las traducciones. Se discurría sin embargo con la cabeza y se sentía con el corazón.

VI.

Pocas personas sabian leer, muchas mascaban; la multitud no conocia la O. Creian los padres que la ignorancia era

SIGLO DÉCIMO NOVENO.

I.

Nosotros nos levantamos tarde, comemos á la francesa, nos acostamos á media noche cuando el gallo canta; el dia nos viene escaso y la noche la invertimos en la disipacion.

II.

Ahora llevamos el jaique de los árabes, el birrete de los rusos, el tabardo tudesco, el pantalon y el sombrero francés, vamos cómodos y feos (nosotros decimos elegantes); subimos y bajamos el talle, cambiamos cada semana de moda, nos trasformamos en hombres de todos los países. Las señoras marchan por nuestras huellas; pero consultan mas con la gracia que nosotros.

III.

En el siglo XIX domina la inteligencia, la discusion; hay mucha farsa, escasa probidad, mucho ingenio, algun cinismo.

IV.

¡Qué bien sabemos nosotros pintar el amor! Hay muchísimos Lovelaces y cada esquina oculta un don Juan Tenorio. Hacemos como que amamos, las mugeres hacen como que corresponden: jugamos divinamente al amor. La muger regularmente rompe el juego; porque se han trocado los papeles. Los padres y hermanos se han domesticado. Hay menos casamientos; pero no por eso hay bajas en el registro civil de los nacidos. Ya no hay estrados; pero suelen los hombres presidir en el tocador de algunas beldades.

V.

El idioma español ha ganado en suavidad lo que ha perdido de energia, se ha enriquecido con voces de otras naciones; ha sido tolerante, quizás hasta el esceso. Ha llegado á hermanarse con el italiano. La ópera reclamaba esta reforma, por mas que el teatro español pueda querellarse en esto como en otras cosas con sobrada justicia. Hoy tenemos muchos poetas; la muerte envidiosa nos ha arrebatado la mayor parte de la gloria de nuestro siglo; pero aun queda el genio que rayaría elevado y puro si no empapara sus alas con los aromas traspidados. Existe la novela española, y *El doncel del rey don Enrique el Doliente*, vale algo mas que las colecciones de algunas celebridades francesas. Hoy se siente con la cabeza y se piensa con el corazón. Esto parecerá oscuro; pero no soy yo el primero que ha dicho que los poetas tienen el corazón en la cabeza.

VI.

Hoy todo el mundo lee. Los artesanos y las lavanderas estan suscritos á la lectura. Las novelas, singularmente del

(1) Tomamos de un periódico de provincias el siguiente curioso paralelo.

un antemural de la virtud, y no permitian en sus casas la introduccion de las novelas. Las novias confiaban su correspondencia amorosa al soldado licenciado, al ayo de escuela, ó á alguna amiga que escribía cosas que la muchacha no pensaba decir.

VII.

Se dice que las costumbres eran mas sencillas: se jugaba al conde de Cabra, dando vueltas de rueda, y nuestros abuelos abrazaban sin malicia á las mozuelas. Se bailaba la zarabanda, danza lúbrica que las leyes proscribían en vano con todo su rigor. Los círculos elevados bailaban el ceremonioso minuet que procedía de la regencia del duque de Orleans.

Las fiestas populares estaban en todo su esplendor. Los torneos y sortijas se habían replegado en las reales maestranzas para espirar sin gloria; pero la lidia de toros marchaba á su apogeo. Pedro Romero era la gloria de Andalucía, y brilló en las cortes de España y Portugal. Los padres y ancianos eran respetados, y la caridad privada era uno de los preciosos distintivos del carácter español. Los hombres se llamaban hermanos, y muchos lo eran según el parentesco del corazón de que habla Lamartine. La amistad era una palabra santa que rara vez se profanaba. Dos amigos no solían tener sino un bolsillo, una voluntad: todo se compartía menos la dama. La palabra de un español tenía la fuerza de una escritura. Se daba dinero sin documento, á veces por un simple recado. La fidelidad solía sufrir hasta el tormento. A nadie se le ocurría que pudiera venderse una causa. Un verdugo se avergonzaba de cometer semejante infamia. Pero el sistema penitenciario era bárbaro; las cárceles inmundas; los carceleros despóticos y venales. Ha sido necesario que muchos hombres honrados y sabios hayan sufrido prisiones y emigrado por el extranjero para mejorar el sistema carcelario.

VIII.

La policía urbana estaba descuidada, el aspecto público daba clara idea de nuestro atraso. Las ciudades mas considerables tenían alumbrado comun: en el resto los vecinos andaban tropezando por los desiguales empedrados, si no llevaban linterna. Malos caminos, malos carruajes, incomodidad, desaseo, mal gobierno en todo y por todas partes. Esto tenía de bueno, que se gastaba poco y todos los negocios caminaban mas desembarazados á su fin individual, que era el aumento del numerario. El contar mucho dinero era uno de los placeres de nuestros antecesores: un placer en verdad bastante rudo.

IX.

Las tropas españolas eran débiles en la táctica, algun tanto descuidadas en la apostura.

Sobrias, sufridas, iban á todas partes, ganaban batallas; discurrían poco, y dominaba la autoridad sobre la obediencia ciega.

X.

La civilizacion de los siglos anteriores se fué estinguendo en la inaccion. España era un moribundo á quien el activo Carlos III empezó á reanimar, legándole en convalecencia á su sucesor. Carlos IV continuó al principio el mismo tratamiento; pero su escasa energía, los disgustos domésticos, y la complicacion de los cuidados públicos, volvieron á postrar al enfermo.

Reasumiendo, en los dos últimos siglos hay cosas buenas y cosas malas. Decía Montesquieu que los hombres no se llevaban dos dedos unos á otros: yo creo que el pueblo en general ha ganado en el siglo XIX, y que el hombre en particular ha perdido. Se han debilitado las creencias, las ilusiones

Sangre fria de un aventurero.

El duque de Borbon, hallándose en una ciudad de Francia, dió un banquete espléndido al cual solo fueron convidadas ciertas personas, y sin embargo se habían tenido que poner varias mesas. Uno de esos aventureros, que en lugar de vergüenza tienen hambre y audacia, entró muy sereno y se sentó á una de las mesas. El duque llamó á uno de sus camareros y le encargó que dijera al aventurero que se marchara, que le hablara en voz baja para no hacer pública su afrenta. Nuestro hombre no manifestó sorpresa alguna al oír las halagüeñas palabras que le dijo el camarero, y llevando su descaro hasta el último extremo, alzó todo lo posible la voz para decir: «Me es indiferente que me den vino blanco ó pajarete: de todos modos agradezco su atencion á S. A.» Le refirieron esta contestacion al duque, que admiró su sangre fria y mandó que le dejaran seguir comiendo.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

COPA CINCELADA DE MARFIL.

Ya hemos espuesto algunos trabajos hechos en Baviera, pero la copa cuyo grabado presentamos hoy, pertenece á otro género distinto. Su asunto está tomado de estas admirables palabras de Jesucristo: «Dejad que vengan á mí esos niños.» En el conjunto y enlace de los personajes, se nota una gracia infantil, perfectamente expresada, y no es esta la única obra en que M. Frank ha hecho alarde de su grande habilidad en la ejecucion de objetos de marfil. Nada hay en efecto que pueda compararse en su clase á los que salen de sus manos, lo cual han confesado cuantos los han visto detenidamente en la Esposicion.

género social, se consideran tan necesarias como el comer: algunos novelistas y traductores medran haciendo llorar á los proletarios. Los padres creen que deben ilustrar á sus hijas para armarlas contra la seduccion: la solucion de esta charada está al fin de este siglo.

VII.

Ya no se conocen los juegos de prendas sino entre las familias de confianza, y se proscriben de ellos los lances de contacto intimo que pueda inflamar los deseos: se trata á las mugeres con una respetuosa reserva; pero estos sacrificios aparentes suelen tener amplios desquites. La ignorancia se ha ilustrado, y se ha tornado estratégica.

Se han introducido bailes del Norte, frios como el clima de donde proceden, y algunos, como el *galopp*, propios de un campamento militar ó de una cantina. El bolero se conserva aun por respeto á nuestras antiguas costumbres, y el ole y otras danzas andaluzas siguen mostrando sus licenciosas posiciones á las ávidas miradas de nuestra juventud. La tauromaquia, que se había eclipsado algun tanto á principio del reinado actual, ha sufrido una reaccion maravillosa. Montes na reconciliado al siglo de las luces con el siglo de la ignorancia. Hoy podía restablecerse la cátedra de Sevilla sin despertar la censura de los modernos filósofos que tanto se desató contra aquella escuela. La ilustracion ha avanzado y retrocedido la moralidad. Los padres han visto relajada su autoridad, y los viejos recuerdan con pena los tiempos en que la ancianidad era una especie de sacerdocio. La caridad privada ha sido relevada por la caridad pública. ¿Se ha perdido ó se ha ganado en el cambio? Otra charada que resolverá el porvenir.

VIII.

Hoy tenemos brillante alumbrado, magníficos paseos, espaciosas plazas; el vapor es el rey de nuestro siglo: en los caminos, sobre los mares, en las fábricas, en las calles, en las casas, domina como la primera potencia. Montañas perforadas, carreteras, puentes colgantes, monumentos públicos, institutos, liceos, hipódromos, exposiciones, ornato público y privado. Pero la ilustracion cuesta cara, como el lujo en los individuos; y el presupuesto provincial y el presupuesto municipal abruma los pueblos, si no se aumenta á proporcion el desarrollo de la producción.

IX.

El ejército ha llegado á ponerse al nivel de los de las naciones cultas, por su táctica y disciplina; en su apostura marcial aventaja á todos; continúa siendo duro para la fatiga, y su valor no ha degenerado: el corazón del soldado español siempre es el mismo.

X.

Fernando VII se entregó de un cadáver que le disputaba el ilustrado y gran ambicioso de la Europa; pero la guerra santa de la Independencia galvanizó al pueblo español, que levantándose como un solo hombre, se lanzó sobre el usurpador hasta mas allá del Pirineo.

La energía acumulada por la guerra se derramó por la agricultura, por la industria y por el comercio. Esta fué la época del renacimiento. El reinado de doña Isabel II es fecundo en grandes acontecimientos que corresponde á la historia calificar.

La civilizacion ha dado un gran paso. Algunos años mas colocarán la nacion española á la altura que la corresponde.

del corazón; el positivismo se ha establecido en el altar de las antiguas divinidades. ¿Mas quién se atreverá á decidir que el positivismo bien dirigido, no sea la piedra fundamental del edificio de la ventura humana?

El marfil se presta por medio de la fusion á todas las molduras que el artista quiere darle, y últimamente se ha inventado un procedimiento ingenioso para reproducir en esta sustancia las obras maestras que admiramos, y por medio del cual salen estas muy baratas; lo que no se consigue empleando el yeso ni el mármol.

SAN MIGUEL VENCIENDO AL DEMONIO.

Al entrar en la grande galeria del Este, se detienen las miradas involuntariamente delante de una estatua colosal que dominaba el recinto, y que por el efecto que causaba parecía que iba á remontarse hasta las nubes. Esta estatua es el grupo de Duseigneur, representando al arcángel San Miguel venciendo al demonio. Difícil es reproducir con mas verdad, con mas nobleza ni con mas fuerza el triunfo del soldado de Dios: en sus facciones se revela una espresion de divina dulzura, y en su actitud un poder irresistible. En cuanto á Satanás, los que han visto en Roma la capilla Sistina, obra maestra de Miguel Angel, pueden únicamente figurarse al enemigo del hombre, vencido, precipitado al abismo á que le condena la voluntad de Dios. Las grandes proporciones de este grupo están en relacion del inmenso local que ocupaba en el palacio de Hyde-Park.

HARMONIUM.

Este instrumento, impregnado de suavísima melodía, se debe á M. Luff, de Londres. Su establecimiento goza de gran reputacion artistica en Inglaterra, y el *harmonium* que ha espuesto es uno de los mas lindos muebles de su clase. El esmero y delicadeza con que está ejecutado, lo hacen sumamente recomendable, y garantizan el efecto que debe producir, en vista de ajustarse estrictamente á los nuevos procedimientos empleados por los inventores de estos instrumentos.

La gran ventaja del *harmonium* de M. Luff, consiste en

su precio; por lo tanto es de desear que se propague su introduccion, particularmente en las capillas religiosas, en las cuales haría mucho mas efecto, atendida la santidad del sitio, que esas orquestas destinadas á reproducir piezas dramáticas en los templos.

DIBUJO EN CRISTAL.

El que representa este grabado es una de las escenas de la misma Esposicion, cuando la multitud se agolpaba á la entrada del Palacio de Cristal á principios del mes de junio. La idea nos ha parecido ingeniosa y utilísima, y estrabamos ciertamente que los especuladores no se hayan procurado muestras de la Esposicion, para hacerlas conocer con exactitud á los que no han pasado el estrecho para admirar aquellas ricas colecciones de objetos industriales.

El interés que se refiere al estudio de los productos fabriles, empieza á estenderse, y la publicacion universal de sus adelantos es el mayor estímulo que puede ofrecerse á los inventores de nuevos procedimientos para que los hagan llegar á la perfeccion posible.

PÉNDOLA DE M. CHOPIN.

En el primer artículo que hoy consagramos á la Esposicion de Rusia, hacemos mencion especial de este trabajo, ejecutado por uno de los mas hábiles artistas de aquella nacion. Representa la subida del primer globo, y corresponde á la escuela de Luis XV, como testimonio de un suceso acaecido en el reinado de este monarca.

La obra de M. Chopin tiene el mérito del pensamiento y el de la ejecucion. Querer convertir el aire, las nubes y el vapor en combinaciones metálicas, es un verdadero prodigio de la imaginacion; pero llevar á cabo esta idea con tanta perfeccion como delicadeza, es elevar la accion á la altura del pensamiento.

GRUPO COLOSAL DE LEONES.

La Baviera, que solo ha espuesto los productos de unos cien fabricantes, se señala por sus trabajos en bronce: esta materia, el oro, la plata y en general todos los metales batidos, constituyen cuando menos la cuarta parte de los objetos de su Esposicion. M. Miller ha querido aplicar el arte al primero, que tanto se presta á los efectos de la escultura, y preciso es confesar para gloria suya que lo ha conseguido. El que produce el grupo colosal cuyo grabado ofrecemos, es sorprendente: las figuras están trabajadas con la mayor perfeccion, y las de los leones dominan con una espresion de verdad que admira.

Los inteligentes opinan que este magnífico grupo es una de las obras mas acabadas de su clase.

EL NIÑO CON EL NIDO.

Casi toda la parte de los productos remitidos por el Austria, que representa objetos artísticos, sale de los talleres de los estatuarios italianos. Debemos no obstante citar á Mr. Gasser, de Viena, artista muy distinguido, que ha construido no pocas obras de bronce, entre ellas una Venus saliendo del baño y un vaso de flores con mezcla de zinc.

Todas las demas obras, con muy cortas escepciones, son verdaderamente italianas, y entre estas descuella una de Emanueli que revela un detenido estudio de los buenos modelos antiguos. Es un niño que ha cogido un nido, y que quiere conservar la vida á los pajarillos que contiene, y que anhela dirigirse hácia la madre con el pico abierto. Se distingue este grupo por la espresion y el sentimiento de la composicion, por su colorido de verdad y por la ejecucion perfecta de las figuras.

GRUPO DE NIÑOS TRABAJADO EN YESO.

Este grupo, que es una inspiracion feliz, como se ve en el grabado, no podía examinarse bien en la Esposicion, por hallarse como embutido entre una infinidad de objetos que lo ocultaban de todas las miradas.

Nadie puede formarse una idea exacta de la hermosura de los caballos de Shetland y de los perros de Escocia, sin haberlos visto. El escultor ha presentado una muestra de ellos en este trabajo admirable. Los niños son verdaderos retratos sacados de la familia de Mr. Mendell, y los animales dos favoritos suyos. Para un artista es una gran fortuna encontrar modelos semejantes, y Jones ha sabido interpretar fielmente en yeso lo que ha tenido á la vista.

Este grupo ha merecido grandes y justos encomios de cuantos se han acercado á él lo suficiente para poder admirar su ejecucion esmerada y perfecta.

RECLINATORIO Y ALTAR.

Esta pieza es uno de los mas hermosos productos de escultura en madera que ha espuesto la nacion austriaca. Es innegable que el lujo y el buen gusto presiden en todas las obras de este país, destinadas á amueblar sus salones, y ya hemos hablado de algunos objetos preciosos hechos con *papel mascado*, nueva sustancia que hoy se emplea ya en Austria y en Inglaterra en reemplazo de la madera.

La obra cuyo grabado presentamos hoy, no se ha construido con *papel mascado*; pero es una de las concepciones mas delicadas que pueden imaginarse, y Mr. Polt, de Viena, ha conquistado con ella entre los buenos escultores un nombre que no se olvidará fácilmente. El pensamiento es sencillo, severo y altamente religioso, y en cuanto á la ejecucion, la critica ha convenido en asegurar que es de las mejores que se han visto en el Palacio de Cristal, entre los muchos trabajos de su clase que se han espuesto.

HERO Y LEANDRO.

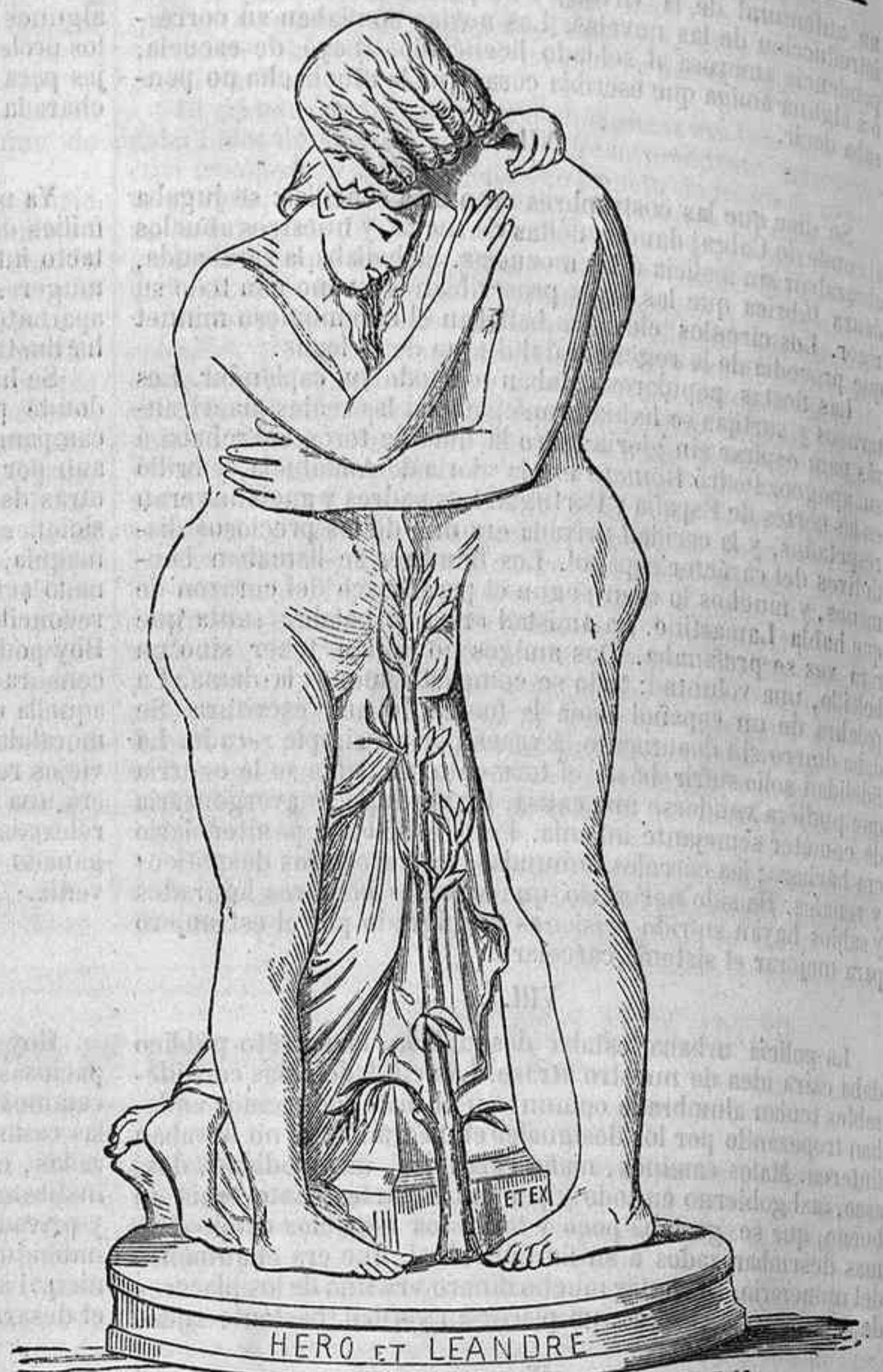
Ya hemos hablado del grupo de *Hércules ahogando á Anteo*. Del mismo autor, M. Etex, es el de *Hero y Leandro*,

cuyo dibujo damos en este número, el cual ha llamado sobre todos la atención de los ingleses en el Palacio de Cristal. Está ejecutado en mármol con todo el vigor, con toda la animación, con todo el sentimiento del arte. Las figuras son bellísimas, sus actitudes altamente académicas, y el trabajo de ejecución severo y delicado.

PISTOLAS.

M. Devisme es, sin contradicción, el armero más popular y más hábil de esta época. Ha estudiado tan á fondo el peligro de sus propias obras, las construye con tanta perfección y buen gusto, que ha vencido las mayores dificultades. La seguridad de sus pistolas no puede ser más grande, y todos se han convencido de la conciencia, de la escrupulosidad con que dicho fabricante se aplica á perfeccionar este punto tan importante, tan esencial en una arma de fuego.

M. Devisme ha inventado también un ingenioso aparato, por medio del cual se experimenta la pólvora antes de que se introduzca en las pistolas. Es necesario estudiar detenidamente la dosis que debe emplearse, pues representa un gran papel en la cuestión de seguridad.



Hero y Leandro.

UNA NIÑA Y CUPIDO.

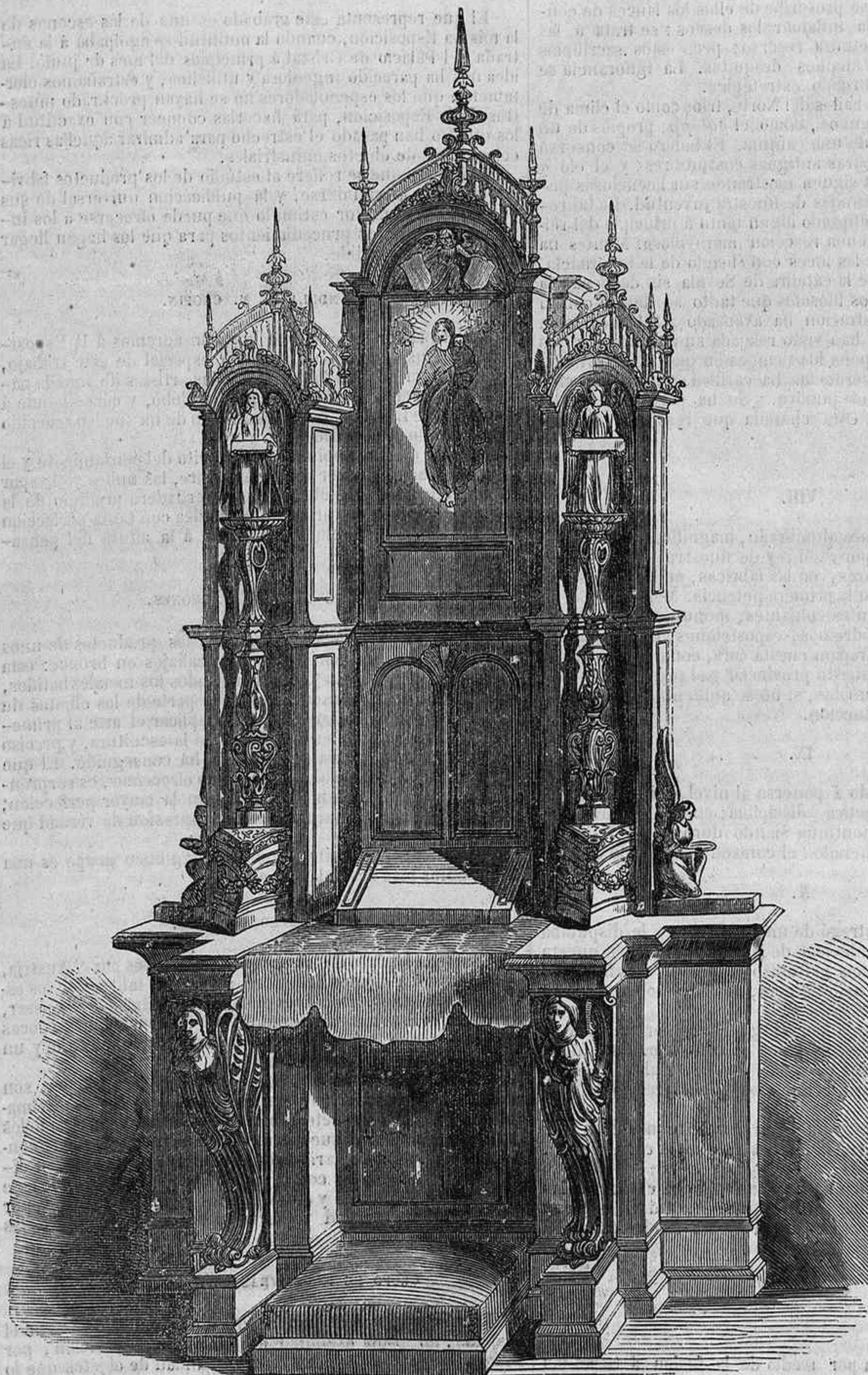
M. Thrupp, estatuero de Londres, es un artista muy distinguido de la escuela inglesa, en la cual se conservan siempre puras las buenas tradiciones. El grupo de la *Niña y Cupido* es una prueba de esta verdad.

El amor está indeciso y no sabe á quién arrojar su flecha; la joven Niña le indica su víctima. Era preciso revelar en esta indicación el sentimiento, el deseo de la joven; su dicha dependía del auxilio del dios. Pues bien, M. Thrupp ha dado á los ojos de la Niña ese deseo, ese sentimiento de enamorada, que todo lo descubren, que todo lo revelan. Desde el momento en que esto se conoce, se convierte la estatua en un modelo perfecto.

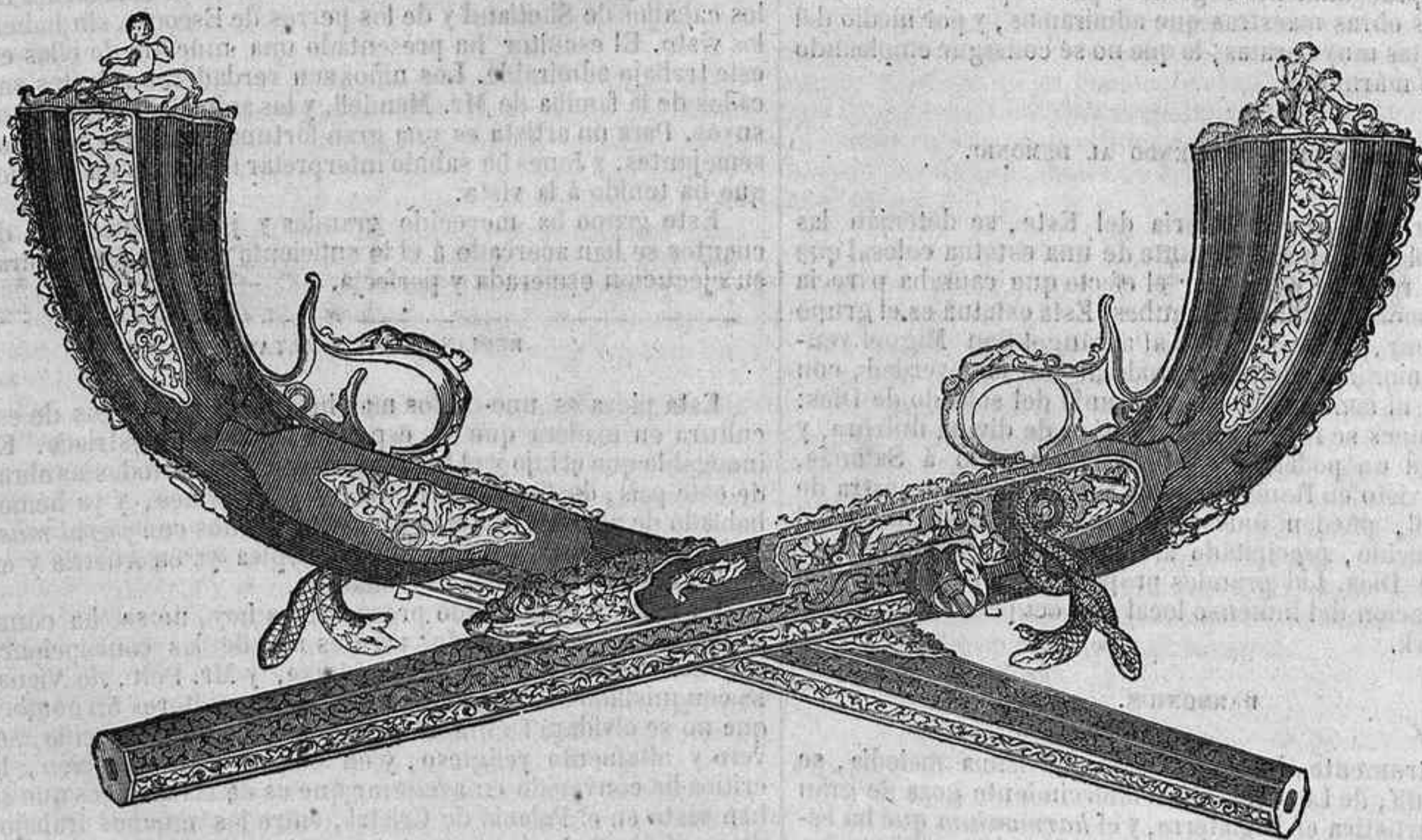
Esta es la traducción que han hecho todos los inteligentes del famoso grupo de la *Niña y Cupido*, que pasa con justicia por uno de los más acabados en su género.



Una Niña y Cupido.



Reclinatorio y altar.



Pistolas.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo 26.